



Patricio Moyano y Maria Böttcher

Viaje Rico



Visítanos en Facebook o en nuestra página web.

Facebook: @viajerico

Instagram: @viajerico

Página web: www.viajerico.com

[Email: info@viajerico.com](mailto:info@viajerico.com)

Copyright © 2016 por Patricio Moyano y Maria Böttcher

Cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares.

ISBN: 978-987-42-1487-4 Propiedad intelectual y derechos de autor registrados por

SafeCreative internacional bajo el número de registro: 1607228432553

Por favor respeta el trabajo del autor, así podemos seguir con nuestro viaje.

Copyright de imágenes: Patricio Moyano y Maria Böttcher,

Familia Zapp, Pablo Luna, María Fernanda Castillo Ocampo y Shambhala.

Dedicado y en agradecimiento a nuestras familias, que además de la parte sanguínea están compuestas por amigos, padres, madres, hermanos y hermanas del camino que oportunamente estuvieron para darnos apoyo, cariño, confianza o un espacio.

Dedicado también a todos aquellos que tengan un vacío que llenar, a quien le falte una chispa para arrancar y a los que les guste aventurar.

Índice:

Prologo:.....	- 4 -
Capítulo 1: Cruce de caminos.....	- 5 -
Capítulo 2: Sobrevivir en Panamá.....	- 30 -
Capítulo 3: El Big-Bang mental.....	- 48 -
Capítulo 4: Peyote me habla.....	- 67 -
Capítulo 5: Valor por uno mismo.....	- 87 -
Capítulo 6: Cuba a lo cubano.....	- 111 -
Capítulo 7: Viaje a la otra dimensión.....	- 133 -
Capítulo 8: La voz del interior.....	- 157 -
Actual:.....	- 177 -

Prologo

Este viaje duro aproximadamente cuatro años, catorce países y 40.000 kilómetros en una moto que muchos podrían considerar "pequeña". Siempre tuvimos como objetivo llegar a México, pero pocas de las etapas previas a nuestro destino estuvieron planificadas, el camino lo fuimos construyendo guiados por nuestro instinto y consejos hallados en el aire. Podrán imaginarse que más de una vez nos equivocamos y que en muchas ocasiones elegimos la opción más difícil, o la vía más larga, pero todo ha sido parte de una gran experiencia que nos fue dejando un valioso aprendizaje.

Poco tiempo duraron nuestros ahorros en la cuenta del banco y en consecuencia tuvimos que aprender a sobrevivir en el camino, ese fue uno de los factores desencadenantes para un sinnúmero de experiencias que nos fueron mostrando cuantas habilidades habían escondidas en nuestro interior.

Este viaje no fue solo geográfico, también lo fue cultural, humano y espiritual. Nos mezclamos con una gran parte de las culturas latinas, que aunque similares, cada una guarda sus secretos, y nos enriquecimos al convivir con ellas en nuestro esfuerzo por sobrevivir viajando. Fuimos testigos del abuso humano que se sufre en este continente y de los desequilibrios económicos que han dejado los sistemas políticos.

Después de haber recorrido una gran parte de esta hermosa Latinoamérica, sentimos la necesidad de escribir este libro para todas aquellas personas que, al igual que este querido continente, han perdido o no reúnen las fuerzas para encontrar la verdad en su interior, para tomar las riendas de su vida o buscar su libertad. Sabemos que es posible, que TODOS somos iguales, con las mismas capacidades y regidos por el mismo cielo. "Tú eres el creador de tu propia realidad" eso es lo que vamos a explicar en este relato.

Estamos felices de tenerte con nosotros en este Viaje!

Con mucho cariño,

Patricio y Maria

Minca, Colombia en Junio 2016

Capítulo 1: Cruce de Caminos

Si alguien me hubiera dicho que alguna vez iba a hacer este viaje no lo habría creído, no había forma de creer en tal cosa. A penas podía pagar el alquiler del departamento y mantenerme a mí mismo. Dependía del trabajo, tenía deudas, créditos, contratos y sobre todo miedo. No miedo consciente, sino ese miedo oculto o grabado que tenemos a lo desconocido y a lo arriesgado.

Puedo decir que era un soñador, eso sí, pero no salía de ahí. Nunca concretaba nada de lo que me proponía. Tenía sueños y de alguna forma veía, aunque en pequeños destellos, la belleza de la vida. Podía maravillarme con un cielo Patagónico estrellado, al ver una planta crecer o en un atardecer; y creía en el amor platónico, pero la realidad es que mí "día a día" no estaba compuesto por cosas tan bonitas. Me sentía triste, estaba solo, laboralmente frustrado y sin perspectivas de encontrar un oficio que alguna vez me satisficiera.

Los últimos años que viví en Argentina fui vendedor de autos, y llegué a tener un buen trabajo. Era estresante, pero gozaba de muchos beneficios teniendo en cuenta mis capacidades en aquel momento. Yo no estudié ninguna carrera universitaria. No porque no pudiera, mis padres podrían haberme dado la oportunidad de hacerlo, pero aun así no supe qué elegir. Nunca vino algo a mi mente que de verdad me diera la seguridad que "eso" es lo correcto.

Lógicamente, sin un título y sin una idea clara sobre qué hacer conmigo mismo, me sentía perdido en la vida. No entendía por qué estaba subido a un tren que yo nunca elegí, me hubiera gustado escaparme para vivir escondido en una montaña, o ser un niño rico de nacimiento, pero lo cierto es que me costaba bastante enfrentar la vida que me tocaba en la ciudad. Era tímido, inseguro, nunca lograba vestirme a la moda, y las pocas relaciones amorosas que tuve no llegaron a concretarse por algún motivo o simplemente no encajaban en mi ideal de "Amor". El trabajo me daba económicamente lo necesario, pero recibía también una gran presión de mis jefes respecto a los objetivos de ventas.

Para cobrar un buen salario necesitaba vender quince unidades cero kilómetro por mes. Más o menos una día por medio. Eso genera estrés. Pero bueno, tenía un auto bonito, un departamento completo y me daba algunos gustos, cada tanto. Aun así, cuando tuve materialmente todo lo que quería, ese vacío que creí iba a desaparecer todavía estaba ahí apretándome por dentro. Diciéndome que ahí no está mi lugar en el mundo.

- "¿Qué hago con un auto nuevo? ¡Ese departamento es muy lindo, pero no es mío, me cuesta una fortuna cada mes!", me resonaba una y otra vez.

Ese fue el momento en que todo comenzó a tambalear. Siempre creí que cuando tuviera mi auto, un departamento y un salario razonable serían felices, pero la soledad era la misma, el horario de la oficina era el mismo, igual que el estrés del objetivo mensual y el círculo vicioso de cuentas por pagar.

Tenía muy en claro que no quería vender autos para toda la vida, pero no veía forma de salir de ese rubro. Realmente me pagaban bien, pero: ¿qué otro trabajo me haría feliz en realidad? No tenía ni idea, o quizás podría imaginar algunos, pero me sentía incapaz de llegar a ser piloto, músico profesional o un simple artista callejero, solo algo como eso me hubiera hecho feliz.

Cada día le encontraba menos sentido al trabajo, a la vida y a seguir perdiendo mis años más valiosos haciendo girar una rueda que no es mía. Llegué a despreciar el dinero pensando que éste era la herramienta que utilizan algunas personas para controlar al mundo, y que a través de él nos mantienen trabajando a su favor. Yo quería salir del sistema pero me sentía atrapado por todos los flancos. Es realmente impotencia lo que se siente cuando uno busca la felicidad, la ve y no puede tomarla. "Es mi decisión, quiero salir del sistema", pensaba.

En cierta forma también empecé a perder la confianza en el amor, la soledad me golpeaba cada vez que abría la puerta de mi solitario departamento. No tenía a nadie con quien compartir mis momentos libres, una cena romántica, nadie que me dijera "mi amor", o alguien a quien abrazar antes de dormir. Fueron años de convivencia con la soledad, a la que nunca logré acostumbrarme, al contrario cada día me dolía más y más.

Una noche caminé por la calle deprimido, iba al supermercado con la excusa de comprar comida, pero solo quería ver gente, distraerme de mí mismo, hasta tenía la esperanza de conocer a alguien en la caja o eligiendo las frutas. Pero solo volvía con comida, el fernet y la misma depresión que me acompañaba de ida.

Antes de cruzar la Ruta Nacional N° 22 que recorre Neuquén, Argentina de este a oeste, esa noche me paré frente al semáforo en rojo, y mientras esperaba que cambie la luz, con una profunda tristeza miré al cielo y le pedí a Dios que le diera dirección mi vida o que me llevara con Él de una vez, que hiciera lo que tenía que hacer conmigo o que me diga a qué cuernos vine al mundo, pero no le encontraba ningún sentido a estar en la tierra haciendo cada día lo mismo.

Estoy seguro que esa noche Dios me escuchó. Él supo que estaba en el límite. "El chico realmente quiere vivir", habrá pensado, porque desde ese momento algo dentro mío cambió. Las ventas mejoraron de manera considerable y de repente me encontré con un dinero que no esperaba. Pero justo cuando comenzaba a tener confianza, una mañana de reunión con mi jefe me abofeteó y sentí que lo perdía todo otra vez.

Una discusión que debería haber sido pequeña, se salió de control y terminé sin trabajo. En ese momento lo tomé como algo gravísimo, pero supe que otras puertas se abrirán a pesar de la crisis que

se vivía en Argentina. Fue un momento donde sentí que toqué fondo, sin trabajo, sin perspectivas, sin ganas de seguir vendiendo autos y sin fuerzas para comenzar otra vez, me quedé tres días en mi departamento sumergido en la depresión.

Desde el aislamiento veía la vida pasar a través de mi Facebook, giraba la rueda del mouse casi mecánicamente cuando de repente apareció en la parte inferior de la pantalla una foto de Mariana, una amiga de Córdoba que hacía meses estaba viajando como mochilera. Junto con su compañera habían atravesado Bolivia y Perú y ahora estaba recostada sobre una hermosa playa de Ecuador. Tenía el pelo mojado, el día era soleado, el agua turquesa y en sus ojos podía ver la paz y la belleza del momento que estaba viviendo. Me imaginé que hacía meses no se preocupaba por "ir a trabajar", o que no ponía el despertador a las siete de la mañana, que estaba conociendo lugares increíbles, y personas de todas partes del mundo. Supe que había estado en Machu Picchu y que Bolivia le había encantado.

Perplejo, no podía sacar los ojos de su foto. Y me transporté. Oía el sonido del mar, mis pies se quemaban por la arena caliente, el sol que brillaba, y mi cuerpo, mi alma y mi mente automáticamente sintieron una placentera sensación de libertad y felicidad que seguramente lo siente cualquier persona que viaja de esa forma: despacio, contemplando cada lugar, y mirando de espaldas al sistema capitalista y todas sus consecuencias.



-“¡Yo quiero eso también! ¡Yo quiero vivir la vida de esa forma, viajar, disfrutar de verdad, preocuparse por pocas cosas! ¡Sentir la libertad, abrir la mente, cambiar el aire! ¡Lo voy a vender todo y me voy a ir a viajar! Voy a vender el auto, los muebles, pagar las deudas y me largo”, me dije a mi mismo muy decidido. No importaba lo que pase después.

Sonaba como una locura, pero atrapado en la depresión de mi departamento supe que era una salida fantástica, ¡de todo! de la vida que no quería, del sistema, de las deudas, de las tarjetas, del clima desértico, “¿Cuántas cosas podría aprender en el camino?”, me preguntaba. “¿Cómo se sentirá viajar por tres meses sin pensar en dinero?” Todo eso me fascinaba. Tuve el sentimiento que podía hacerlo. Sin trabajo, sin novia y sin hijos, supe que era mi momento. Nada me ataba. De estar deprimido y tirado en un sillón pasé a un estado de euforia repentina que me tenía el corazón latiendo en atolondrados bombazos. Caminaba por las paredes por la emoción que no me dejaba quedar quieto. Había soñado muchas veces con un viaje de mochilero, quería ir a Machu Picchu, o a Brasil, pero siempre me había sentido limitado por el tiempo y por el dinero. La foto de Mariana me dio vuelta la cabeza, me imaginé

recorriendo Sudamérica, conociendo otras culturas, aquellos paisajes que salen en las revistas, llegaba con mi mente a cada lado.

Me daba seguridad saber que tenía el auto en la puerta listo para ser vendido, le tenía mucho cariño, pero al observarlo sabía que era mi boleto de salida. Me llevó tiempo tomar conciencia de la decisión, me pregunté cientos de veces si estaba seguro de lo que hacía, pero cada vez la respuesta era un resonante "SI" que venía de adentro mío dibujándome una sonrisa.

El dinero de la indemnización me alcanzó para vivir un mes y pico, casi el mismo tiempo que me llevó vender el auto, sacar el pasaporte y organizar todo antes de mi partida. Estaba por cumplir los veintisiete años entonces para aprovechar la ocasión, hice una fiesta de festejo y despedida. Todos mis amigos estaban ahí, festejamos a lo grande y en un emotivo abrazo todos juntos me desearon un buen viaje. Al día siguiente, de nuevo estaba solo, pero feliz. Abrí la puerta del departamento, y con mi mochila y mi carpa la cerré sonriendo sin mirar atrás. Sentí que el mundo me esperaba y en mi primer paso iniciaría una nueva vida.

Sí, la sensación de ponerse la mochila al hombro por primera vez y salir de tu casa es algo impactante. Sabes que vas a enfrentar al mundo real, a ponerte a prueba, a mezclarte con la naturaleza, a descubrirte a vos mismo. Es un sentimiento de felicidad tan fuerte que llena todo el cuerpo, nada material podría compararse con el momento que enfrenta la vida en ese instante.



Salí de Neuquén directo a Córdoba capital donde mi madre y el resto de mi familia me esperaban para la última despedida. Dos días después subí a otro bus hasta San Salvador de Jujuy, desde donde partí hacia Tilcara, uno de los tantos pueblos bellísimos del norte argentino. Recorrí lugares hermosos, paisajes encantadores, y conocí personas increíbles de todas partes del mundo. A pesar de que creí que iba a sentirme sólo alguna vez, siempre estuve rodeado de otros viajeros.

Me enredé sentimentalmente con Bolivia al conocer su historia: la desgracia de su pueblo y las injusticias que sufren, incluso desde mucho antes de ser un país. Fui inmensamente feliz viajando por su interior, libre de tiempo, conociendo cada lugar que me llamó la atención, el Salar de Uyuni, Sucre, el Lago Titicaca, La Paz. Disfrutaba plenamente gracias al dinero que tenía en el banco. La vida en los hostales me encantó, jóvenes, adultos, ancianos; todos viajando,

moviéndose de un lugar al otro, compartiendo información, cocinando juntos, intercambiando correos. Le encontré muy rápido el gusto a viajar y a moverme como mochilero.

Realmente no pensaba en qué pasaría cuando se acabara la plata, sólo me dedicaba a disfrutar. Llegué a Perú y aquí pude cumplir mi gran sueño de subir al Machu Picchu. Decidí ir solo porque quería vivir la experiencia conmigo mismo, en mi silencio y en mi viaje personal.

No es fácil llegar a Aguas Calientes, el famoso pueblito donde los visitantes esperan para subir a las ruinas y reconozco que me equivoqué al salir tarde de Cusco para hacer este viaje. La forma más económica de hacerlo es tomar una serie de colectivos en diferentes pueblos y así llegar a la famosa Hidroeléctrica. Esta es simplemente una planta de energía, pero hasta ahí llegan los caminos para los autos. Desde ese punto solo se puede llegar a Aguas Calientes en tren, que cuesta carísimo o caminando por las vías unos cinco kilómetros. Llegue tarde a la Hidroeléctrica, eran las seis y media, más o menos. El taxista me advirtió que no llegaría de día, pero que solo debía seguir las vías del tren.

-Tene mucho cuidado en los túneles, mira muy bien que no venga el tren antes de entrar -me aconsejó el taxista-. También tene cuidado en el puente viejo, el río es bravo”.

Por suerte tuve media hora de luz para ver el camino en el que me hallaba. La selva envolvía las vías el tren formando un túnel, el sonido de las piedras al caminar era lo único que podía escuchar. Las estrellas fueron apareciendo de a una y el cielo cada vez más negro me encerraba aún más en las vías del tren.

Encontré una pareja que venía de frente y me preguntaron si faltaba mucho para llegar. Se preocuparon por mí al verme ingresando al camino tan tarde. Yo solo tenía la linterna de mi Nokia 1100. Lógicamente tenía miedo, del tren, de los animales y, sobre todo, de perderme.

En una parte recta del camino, cientos de luciérnagas tintineaban luces verdes a lo largo de las vías. No se espantaron por mí caminar, siguieron con su baile a pesar de que alguien más las estaba mirando. Supe que al fin ya no tenía apuro, entonces me senté sobre un riel, saque la mitad del sandwich que llevaba en la mochila y tuve uno de esos momentos mágicos que el dinero no puede comprar. La vida en la selva, sobre todo en la noche es tan activa y abundante, que uno se siente parte de ella.

Con las luces destellando a mí alrededor sentí que ese pedacito de naturaleza me estaba haciendo un regalo, hasta una caricia me atrevería a decir, con esa danza de las luciérnagas flotando sobre las vías del tren me vi como dentro de un libro de fantasías.

-“Es increíble la belleza que hay en la tierra, definitivamente está viva”, decía maravillado mirando a mí alrededor.

Seguí mi camino hasta que me topé con un puente. Supe que era el puente que me dijo el taxista. No podía ver cuán largo era pero tenía una robusta estructura de hierro que lo envolvía. Los durmientes de madera estaban separados por cuarenta centímetros uno del otro, podría haber caído al agua con

un poco de mala suerte. El río pasaba haciendo estruendos a unos diez metros por debajo. Con mi inocente linternita fui saltando de un madero al otro. Me pregunte qué haría si viene el tren, estaba a mitad del puente cuando empecé a sentir pánico. Quise apresurarme, pero no quería caerme, cuarenta metros tenía el puente de largo, pude haber tardado tres minutos en cruzarlo pero fueron de pura adrenalina. Al fin llegue sano hasta el otro lado y cuando hice el camino de vuelta, con la luz del día, vi que la estructura de hierro tenía un sendero enrejado para los caminantes y por ser de noche yo no lo había visto.

Por momentos la selva se descubría y me dejaba ver las ruinas de Machu Picchu a unos cincuenta metros de altura, la luna lo iluminaba de lado dejando ver su perfil desde abajo. Tenía boletos para subir a Huayna Picchu, la montaña sagrada más alta que se ve detrás de la ciudadela Inca en las típicas fotos. A las siete de la mañana en punto estaba en la puerta del parque junto a un japonés. Tras un ascenso empinado y peligroso, el japonés y yo fuimos los primeros en conquistar la cima. Tuvimos unos veinte minutos para disfrutar del paisaje antes de que llegara la horda de turistas bulliciosos a interrumpir la magia del momento. Sentado allí, viendo el Machu Picchu desde lo alto, me di cuenta que estaba cumpliendo un gran sueño que deseaba desde hacía muchísimo tiempo. Por primera vez en mi vida veía concretarse ante mí un verdadero objetivo.

El lugar es realmente mágico. Hay algo más que la belleza de sus ruinas. Se puede sentir una energía que viene de las piedras, una vibración tan propia de Machu Picchu que al dejarla entrar en tu cuerpo sabes que no se va a ir nunca más. Me sentí tan conectado conmigo mismo y con la naturaleza que la energía no cabía en mi cuerpo, tenía que sacarla en forma de risas, o lágrimas pero era demasiado para una sola persona. Tenía que dejarla salir.



Luego de Perú mi camino siguió hacia Ecuador. Conocí Montañita, la playa donde Mariana, mi amiga se había tomado la foto. Ella no estaba ahí, pero igual fue un lugar donde me divertí mucho. En esa pequeña ciudad balnearia donde los cócteles y la fiesta no tienen horarios dejé gran parte del poco dinero que me quedaba. Antes de empezar a desesperarme porque la cuenta pronto tocaría fondo, me subí a un bus que me trasladó directamente hasta Colombia. Otros turistas que viajaron por ahí me hablaron de lo maravillosa que es la vida en este país para un argentino, de la calidez de su gente y lo bonito de su geografía.